



LOS NIÑOS  
CON FALDAS.





LOS NIÑOS CON FALDAS.

---

**L**A sabia naturaleza ha ordenado la impresionabilidad del cerebro de los niños para advertir á los hombres que se encargan de educarlos que, como en cera blanda, habrán de grabarse allí las imágenes, las lecciones y los ejemplos. Hay impresiones recibidas en la niñez que toman el carácter de imperecederas, que no se olvidan nunca y que en la mayor parte de los casos, influyen, mezclándose en las impresiones subsecuentes hasta determinar un rasgo distintivo del carácter.

Lo que muchos llaman vocación no es otra cosa que una serie de impresiones recibidas en la niñez, que logrando formar más relieve, digámoslo así, en el cerebro, han sido guía de las ideas, de las obras y del criterio posteriores.

En la limitada educación del indio bárbaro, el niño que, robado al aduar florecería en un liceo, recibe una serie de impresiones de la vida salvaje, y esas impresiones predominan en él hasta formar su carácter, sus tendencias, sus costumbres y su manera de ser definitiva.

La multiplicidad de impresiones que el niño recibe en la ciudad civilizada, forma la multiplicidad de caracteres, de tendencias y de propensiones de los individuos; pero en medio de esa variedad de impresiones, las predominantes son por lo general las que forman al hombre. Por eso es tan árdua, tan difícil y tan trascendental la cuestión de educar; y ese período de la formación del ser moral está sujeto á tantas vicisitudes imprevistas, á tantos giros ocultos,

á tantas deducciones erradas y á tantos cambios insensibles, que, por desgracia son todavía impotentes al magisterio el celo paternal y el mas asiduo esmero para evitar que detrás de la educación y formación ostensible del niño, no estén ocultas ya, como sabandijas venenosas entre las malezas, los gérmenes del vicio.

Los que están acostumbrados á tratar muchos niños y se sientan á la vez dotados de espíritu de observación y de gran penetración para conocerlos, convendrán en que hay en el niño una duplicidad inevitable, que nace de la duplicidad de teatros en que obra: el teatro de los niños y el teatro de las personas grandes. El niño nunca es uno mismo en ambos círculos; y la manera de conocerlo es observarlo en sus reuniones íntimas al lado de sus compañeros, sin que note que se le estudia, y aún así y todo, hay niños profundamente reservados que tienen para sí ideas que no se atreven á confiar á sus mismos compañeros.

Al padre de familia le sorprenden las fal-

tas y las maldades de su hijo, y está siempre lejos de confesar que tal falta es el resultado lógico y preciso de ciertos precedentes; la falta del hijo es por lo común inesperada, y aflige tanto más al padre, cuanto que éste, parcial consigo mismo, no busca la explicación en su propia conducta, ni en la manera con que su hijo ha sido educado.

Ahora bien: el teatro de los niños debe ser preparado convenientemente, para rodearlos, hasta donde sea posible, de impresiones que les sean provechosas. Sus ejercicios corporales deben ser dirigidos á procurar el desarrollo físico, la agilidad, la destreza, la fuerza y la virilidad; y, en todo caso, alejarlos de prácticas y diversiones que estén en contradicción con el espíritu de la educación varonil.

Muy agradable es contemplar un grupo de niños jugando á los soldados, ó haciendo ejercicios de fuerza y de destreza, al paso que sería repugnante ver á varios niños jugando á las muñecas.

Pero no todos los padres, ni todos los

maestros son bastante escrupulosos en la observación de ciertas leyes generales de la educación; y un amor y una condescendencia mal entendida, los convierte á veces en cómplices de actos que, pasan como parvedad de materia ó como circunstancias transitorias y sin ninguna trascendencia, cuando, si bien se examina, encierran un verdadero peligro y dejan una huella que á veces no puede borrarse nunca. Me refiero á las comedias caseras, ó representadas en público, en las que, por salvar de un salto la dificultad de encontrar una niña actriz, encomiendan esta espinosa tarea al niño mas bonito; más todavía, al niño que no le repugne, como á la mayoría de sus compañeros, vestirse de mujer para hablar de amor en público con otro niño.

A la mayoría de las gentes les cae en gracia esta promiscuidad, y toman la cosa á guasa, y aplauden al niño que, entre otras dotes naturales, tiene la intención cómica bastante para ocultar su sexo.

Estas promiscuidades repugnantes no son

tolerables ni aún entre cómicos de baja ralea; porque si bien hacen reír al vulgo necio, son despreciables para las personas sensatas, porque la afeminación es una de las corrupciones mas repelentes, sea quien fuere el individuo que en tal aberración incida, aunque sea en apariencia.

Las leyes de policía no permiten en ninguna parte el disfraz femenino ni en pleno carnaval; quiere decir, ni en el salón á donde concurren libremente las clases degradadas de la sociedad.

Nos sorprende por lo mismo que el público en general tolere, ya sea con el mas loable de los pretextos y aún por vía de broma, el espectáculo de niños educandos vestidos de mujeres; y más todavía, que aplauda el poco envidiable talento de persuadir á los espectadores con los atractivos, mimos, monerías, gentileza, donaire y coquetería del bello sexo.

Tal papel es una especie de gana-pierde, en que lo peor que le puede suceder al actorcillo en ciernes es hacerlo bien; á más de

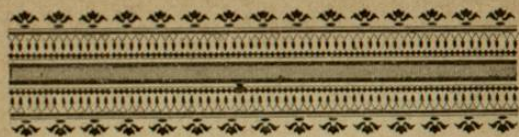
que las impresiones que cause entre sus compañeros, no son de las que aspiramos todos á causar á nuestros semejantes, ni mucho menos.

Que los alumnos de nuestros planteles nacionales hayan dado en ser soldados, es una aspiración que merece aplauso; porque en todo caso, ése es un entretenimiento provechoso, un ejercicio varonil, y el sentimiento que despierta en la juventud, es el de la defensa de la patria; pero entre esto y vestirse de raso, y hacer la Marica, y ponerse polisón, y pecho de lana y onditas en la frente, va su diferencia.

Que jueguen los niños á soldados, que sueñen en ser generales, que tomen por ideal á Napoleón, son tendencias plausibles y varoniles que cederán en beneficio de la juventud y de la patria; pero que ni de chanza jueguen á Maricas, tomando por ideales y por modelo individuos del sexo hermoso. Cada cosa en su lugar, quiere decir en el lugar en que la colocan la naturaleza y la moral; y si para disculpar tan inconveniente

promiscuidad se alega que hay razones poderosas que hacen imposible la sociedad de niños y niñas, entonces en lugar de hacer comedias hagan evoluciones militares y el público de ambos sexos quedará mas satisfecho.





EL JARABE DE PICO.

---

**D**ESDE que apareció el cólera en Marsella, se ha publicado en los periódicos mexicanos una verdadera biblioteca compuesta de todos los métodos conocidos y desconocidos para combatir la terrible epidemia; de todas las prevenciones higiénicas que la ciencia aconseja poner en práctica, antes y durante la invasión del asolador viajero; de todas las recetas, específicos, hierbas, y antidotos; y de todas las precauciones que toman en la actualidad las poblaciones de Europa, mas afortunadas que la nuestra en materia de

dotación municipal; historia del cólera, teoría de los microbios, tratamiento en los hospitales de todo el mundo, teoría de los lazaretos, utilidad de las hermanas de la Caridad en tales casos, y todo en fin, cuanto pueda necesitar un colérico erudito para morir á gusto.

Qué más? ha hablado nuestro Congreso nacional de higiene, y ha dicho cosas magníficas; ha tratado la cuestión «pro famonori», no se le ha quedado nada en el tintero, y como cuerpo científico ha cumplido en conciencia con su cometido, pronunciando hasta la última palabra en tan árdua é importante materia.

En cuanto á salubridad pública (y que me desmienta Gayosso) estamos en nuestra época mas floreciente; no se mueren todavía mas que cuarenta por cada mil habitantes; quiere decir, más que en Marsella; y esto de morirse se va volviendo entre nosotros una cosa no sólo sencillota y natural, como lo es de suyo, sinó perfectamente indiferente y hasta divertida; estoicismo en el

cual les aventajamos á los hijos de Brahma.

No ha mucho tiempo, cuando se moría algún prójimo, se dignaba hacerlo con más circunspección y miramiento; iba en carro que rodaba pausadamente sobre las piedras, y era seguido de un cortejo fúnebre que cerraba las ventanillas de los coches, que caminaban con ese paso tardo y pesado de los duelos, en los que correr ó brincar hubiera sido una profanación: el paso de los coches tenía mucho de solemne, era el paso de la muerte, el último camino, el paso á que camina el reo que va al patíbulo, el paso del doliente á quien el paroxismo del dolor abate y descoyunta, era el duelo, en fin, en carácter, y tan imponente, que los transeuntes se paraban, se descubrían y enviaban un sudario mental al muerto.

Pero el espíritu ferrocarrilero descendió á este valle, y reconociendo con una sola ojeada la buena calidad de los pantanos que nos circundan, y que vivimos sobre depósitos de miasmas, detritus, microbios, gases y demás combinaciones mortíferas, capaces



de acabar con la población, comprendió que habían de llegar á ser más los muertos que los vivos, y construyó un camino de hierro no á las minas de cuarzos argentíferos sino á la de los panteones, para poder vaciar esta piscina de cuatrocientas mil almas de un golpe, el día menos pensado y con toda la comodidad apetecible.

La autoridad municipal se dejó seducir, como se comprende desde luego, y se olvidó adrede de la compostura y de la solemnidad que requieren los entierros, y se olvidó del respeto á la muerte y de que la jarana y la fiesta y el libre tránsito de los vivos, es incompatible con el acarrear de restos mortuorios: se olvidó, en fin, de que uno es el camino de la vida y otro el de la muerte; y olvido semejante determinó el grotesco desfile de los pobres muertos al trotar de las mulitas, al tronar del látigo y al chirrido de las trompetas destempladas; y en fila todos, unos tras de otros, van vagones de vivos respirando una columna de aire impregnada de emanaciones cadavéricas de

los pobres tifoideos que corren por delante.

¡Repugnante tragín de cadáveres, ante los cuales ya nadie se santigua, ni se descubre, ni reza, porque van al trote con su cochero alegre que da garrote y chicotea, y toca la trompeta y chifla á algún vale ó blasfema si tropieza un macho. Y cuando los tales vehículos, cuyas mulas jadean sudorosas y azotadas, llegan á las afueras, sin moderar el paso entran en el camino legítimo de la muerte, formando un cordón de puros muertos y dolientes, unos que van y otros que vienen, unos de subida y otros de bajada, unos con muerto otros de vacío, y los carruajes de la muerte se saludan y se chiflan con menos miramientos de su carga que Carón en la laguna Estigia.

Ahora bien: supuesto que todos somos mortales y los del Valle de México mas todavía que los habitantes de las orillas del Ganges, no tenemos nada por qué apurarnos, una vez que estamos realizando el milagro de vivir á pesar del Ayuntamiento; y en materia de higiene, de saneamiento de

la capital, de limpia de atarjeas, de construcción de albañales, de reglamentación de casas de vecindad, de abastecimiento de agua potable y, sobre todo, del conocimiento de lo que se debe hacer, estamos tan en nuestros cabales, y tan penetrados de la teoría, y tan eruditos en la materia, que no nos coge nada de nuevo. Es cosa que para probar que la muerte entra á esta bienhadada ciudad mezclada con el agua, se acaba de publicar un libro, al cuarto siglo de edad de los arcos, en que se nos hace caer en cuenta, con mucha justicia, que las aguas potables recogen en su curso los materiales orgánicos y gaseosos de la atmósfera pantanosa de los alrededores de la capital, y los polvos de diferentes géneros suspendidos en el aire; y que las aguas de Santa Fé y los Leones, son empleadas en su largo y descubierto trayecto, en una friolera, en el lavado de ropa. De manera que la tal agua viene sazónada con todas las inmundicias consiguientes, y hasta con gérmenes de enfermedades infecciosas.

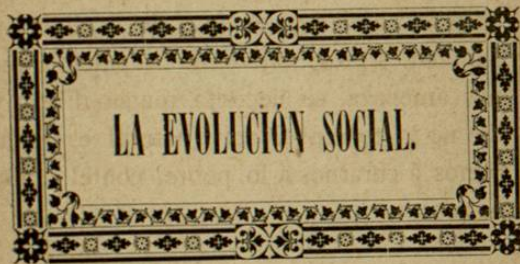
Dada nuestra sabiduría en materia de tan vital importancia, no se dirá que si viene la muerte ha de cargar con nosotros por ignorantes, puesto que sabemos del pe al pa todo lo que nos importa.

Ahora, en cuanto á la práctica de todo eso que sabemos bien, tenemos nuestra panacea universal, nuestro remedio infalible. Es un jarabe, no de ninguna farmacopea nacional ni extranjera, sinó de nuestro pueblo, él inventó el «jarabe de pico» para significar todo aquello que nunca pasa de la teoría á la práctica, y está probado que con este jarabe milagroso nos la vamos pasando en muchas cosas.

Conocemos un inquilino cuyo ánimo apocado en materias de cólera y otras plagas, por tanto como se cuenta y se vé de todos estos azotes, solicitó del propietario la limpia de los conductos de desagüe de la casa que ocupa. El propietario mandó hacer la limpia interior, y la obra se detuvo en el dintel de la puerta, porque destapar caños de puertas afuera incumbe á la Obrería

Mayor, cuya intervención se ha estado solicitando por inquilino y propietario hace tres semanas, sin que hayan conseguido hasta ahora que el caño se desazolve.

La razón es muy obvia. Tanto para librarnos del cólera, como de todas las demás enfermedades palúdicas que nos aquejan, se ha hecho ya todo lo que está en nuestro poder: el jarabe. Y supuesto que para poner en práctica el saneamiento de la ciudad y los medios preservativos de la epidemia que nos amenaza, se necesita mucho dinero y ése no lo tenemos, muy natural es reducirnos á curarnos á lo pobre, con el jarabe de pico.





## LA EVOLUCIÓN SOCIAL.

---

**H**AY una fuerza mas poderosa que las razones de la justicia, de la moral y de la propia conservación, que determina lo que los sociólogos modernos llaman «evolución;» quiere decir, un movimiento simultáneo de causas, de multitud de fuerzas y de elementos diversos, que imprimen á la sociedad una marcha fatal hacia un punto lejano del porvenir. Es como la ola del mar que una vez levantada á la orden tronante de la tempestad, se yergue sobre sí misma, se enarca y crece, ruge y se eleva en medio de los abismos

que deja á sus flancos, y avanza con fuerza irresistible; y aunque el huracán la azote con sus alas poderosas, apenas logra disolver los penachos de sus espumas; pero la ola avanza y no hay poder humano que la detenga ni otra ola que la desbarate, avanza señoreándose en el piélago inmenso, hasta que, cansada de luchar sin resistencia, y huyendo á sus piés las olas mas pequeñas, amengua su empuje y su volúmen, y achátándose gradualmente se confunde en la tropa de olas que, disminuyendo una tras otra, van á acostarse en la playa sin ruido y sin espuma.

México ha enarcao el lomo, como la ola del mar, á la terrible voz de los vicios; y por más que el huracán de la prensa lo azote con sus alas, bien sea la «evolución,» que dicen, ó que una vez empinando el codo sea muy difícil bajarlo, ello es que la ola ésta de borrachos, jugadores y mesalinas, mas encrespada cada día y mas furiosa, ha de irse llevando en sus entrañas devoradoras la honra de las familias, el pan de los po-

bres, la moralidad y el bienestar social hasta que, cansada de luchar sin resistencia, se deprima sola, se achate y se aronade para irse á perder, sin ruido y sin espuma, en no sé qué playas desconocidas.

Suele consolarme la idea de la ley de las reacciones que, según la experiencia, no llegan sinó cuando el estado social que va á desaparecer ha subido á su máximum de intensidad; y bajo ese punto de vista, lo de la vista gorda respecto á arañas, á borrachos y á jugadores es una actitud profundamente filosófica.

Ahora que todos somos positivistas, necesitamos de la sangre fría de Porfirio Parra para atravesar esta situación; y la tenemos. Noten ustedes con qué estoicismo hemos presenciado la catástrofe del Monte de Piedad. Ningunos mas templados que nosotros para las catástrofes ajenas; y no sólo, sinó que hay algo de crueldad neroniana en los cuchicheos y comentarios respecto al pobre Monte, tan orgullósote hace poco días dicen, y tan repleto de billetes y de pianos, y

comprando cada sucursal que parecía un palacio y dando dinero á sus amigos que parecía un banquero; había llegado, en fin, á su apogeo, tiempo preciso de la crisis, para tronar como arpa vieja.

Hoy, corrido y maltrecho el Sacro y Nacional, llama en vano á Fuentes Muñiz, como recurso supremo, para que le aplique el cauterio de los billetes: el exministro de Hacienda se sienta en un sillón envuelto en nubes de humo de papel, que huele á carne quemada, y contemplando la llama que serpea entre cientos de miles de pesos, piensa por la primera vez en la versatilidad de las cosas humanas. ¡Pobre Monte!

Entre tanto, las cantinas prosperan á pesar del timbre. ¡Vaya! Sobre que yo en mis tendencias anti-báquicas les había impuesto hace un año, cincuenta centavos por cada botella....! Ahora veo que tenía razón, y ojalá el señor ministro de Hacienda se decidiera á cuotizar los tapones extranjeros con timbre de á tostón, ahora que nos vamos convenciendo de que cuando las cosas

llegan á su mayor grado de intensidad, revientan como el pobre Monte. No sería malo hacer la experiencia á ver si revientan las cantinas, y queman sus papeles los cantineros, y esta bendita capital logra por fin estar algún día en su juicio.

Eso, ó conceder toda clase de franquicias á los cantineros, declararlos exentos de contribuciones y libres de derechos de importación los licores embriagantes.

Estoy seguro de que los borrachos no cabrían en sí de gusto, cuando el vino de Champagne estuviera al alcance de todas las fortunas; sería, como quien dice, ayudar á la *evolución* y buscar en el orden filosófico el necesario *máximum* de intensidad de la embriaguez, para esperar la reacción saludable.

Con franquicias por el estilo al juego y á esas señoras, la ola seguiría encrespándose furiosa, ó lo que es lo mismo, la *evolución* se acentuaría perfectamente, y ya al tocar al *máximum* de intensidad ¡qué *máximum*, eh! quiere decir, cuando empezara

á caer el fuego del cielo que destruyó Sodomá, entonces es cuando venía la reacción como de molde.

El plan, aunque me parece atrevidillo, porque equivaldría á quemar el campo para sembrar después sobre las cenizas, es el único remedio que nos queda, y bárbaro como es, no carece de partidarios, á juzgar por el incremento que van tomando esas tres calamidades sociales.

Otra de las ventajas del plan sería que una vez en vigor, nos veríamos resueltamente libres del cólera, que buen cuidado tendría el terrible viajero de venir á México en tales circunstancias, por temor á la ola esa, ó lo que es lo mismo, á la evolución social.



## EL MATRIMONIO